

Explicase qué viene á ser nombre; qué oficio tiene, por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner.

*Los nombres, que en la Escritura se dan á Cristo, son muchos, así como son muchas sus virtudes y oficios; pero los principales son diez, en los cuales se encierran, y como reducidos recogen los demás, y los diez son estos.*

Primero que vengamos á eso, dijo Marcelo alargando la mano hácia Sabino para que se detuviese, convendrá que digamos algunas cosas, que se presuponen á ello, y convendrá que memos el salto, como dicen, de más atrás: y que guiando el agua de su primer nacimiento, tratemos qué cosa es esta que llamamos Nombre, y qué oficio tiene, y por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner; y aun ántes de todo esto hay otro principio.

Qué otro principio, dijo Juliano, hay que sea primero, que el ser de lo que se trata, y la declaración de ello breve, que la escuela llama, definición?

Que como los que quieren hacerse á la vela, respondió Marcelo, y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro: así agora en el principio de una semejante jornada, yo por mí, ó por mejor decir, todos por mí, pidamos á Ese mismo de quien habemos de hablar, sentidos y palabras, cuales convienen para hablar de Él. Porque si las cosas menores, no sólo acabarlas no podemos bien, mas ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca; ¿quién podrá decir de Cristo, y de cosas tan altas, como son las que encierran los Nombres de Cristo, si no fuere alentado con la fuerza de su espíritu? Por lo cual desconfiando de nosotros mismos, y confesando la insuficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los corazones, supliquemos con humildad á aquesta divina luz, que nos amanezca, quiero decir, que envíe en mi alma los rayos de su resplandor, y la alumbre, para que en esto que quiero decir de Él, sienta lo que es digno de Él; y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la

lengua en la forma que debe. Porque, Señor, sin Ti, quién podrá hablar como es justo de Ti? ó quién no se perderá en el inmenso océano de tus excelencias metido, si Tú mismo no le guías al puesto? Luce pues, oh solo verdadero sol, en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo de ella juntamente, y mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, á lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y sólo á fin de que Tú seas glorioso y ensalzado en todo tiempo, y de todos. Y dicho esto calló: y los otros dos quedaron suspensos y atentos mirándole: y luego tornó á comenzar en aquesta manera.

El Nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O Nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento. Porque se ha de entender, que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una de ellas tenga en sí á todas las otras, y en siendo una, sea todas, cuánto le fuere posible. Porque en esto se avecina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á Él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas. Consiste pues la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean: y para que extendiéndose, y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine, y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura á Dios de quien mana, que en tres Personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprensible, una sola perfecta y sencilla excelencia.

Pues siendo nuestra perfección aquesta que digo, y deseando cada uno naturalmente su perfección, y no siendo escasa la naturaleza en proveer á nuestros necesarios deseos; proveyó en esto, como en todo lo demás, con admirable artificio: y fué, que porque no era posible que las cosas, así como son materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dió á cada una de ellas, de más del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante á este mismo, pero más delicado que él, y que nace en cierta manera de él; con el cual estuviesen y viviesen cada una de ellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas, y todas en cada una. Y ordenó también, que de los entendimientos por semejante manera saliesen con la palabra á las bocas. Y dispuso que las que en su ser material piden cada una de ellas su propio lugar, en aquel espiritual ser pudiesen estar muchas, sin embarazarse, en un mismo lugar en compañía juntas: y aun, lo que es más maravilloso, una misma en un mismo tiempo en muchos lugares.

De lo cual puede ser como ejemplo, lo que en el espejo acontece: que si juntamos muchos espejos, y los ponemos delante los ojos, la imagen del rostro, que es una, reluce una misma, y en una mismo tiempo en cada uno de ellos; y de ellos todas aquellas imágenes sin confundirse, se tornan juntamente á los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusión de lo dicho, todas las cosas viven y tienen ser en nuestro entendimiento, cuando las entendemos, y cuando las nombramos, en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, esa misma razón de ser tienen en nosotros, si nuestras bocas y entendimientos son verdaderos.

Digo esa misma en razón de semejanza, aunque en cualidad de modo diferente, conforme á lo dicho. Porque el ser que tienen en sí, es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable, y que así permanece; pero en el entendimiento que las entienden, hácese á la condición de él, y son espirituales y delicadas: y para decirlo en una palabra, en sí son la verdad, mas en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad, esto es, de sí mismas; é imágenes que substituyen y tienen la vez de sus mismas cosas, para el efecto y fin que está

dicho: y finalmente en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento, sus nombres. Y así queda claro lo que al principio dijimos, que el nombre es como imagen de la cosa de quien se dice, ó la misma cosa disfrazada en otra manera que substituye por ella, y se toma por ella, para el fin y propósito de perfección y comunidad que dijimos.

Y de esto mismo se conoce también, que hay dos maneras ó dos diferencias de nombres; unos que estan en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son, el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que, como las entiende, las declara y saca á luz con palabras. Entre las cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, substitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay también esta desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir, que la imagen y figura que está en el alma, substituye por aquellas cosas, cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas: mas las palabras porque nosotros que fabricamos las voces señalamos para cada cosa la suya, por eso substituyen por ellas. Y cuando decimos nombres, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y así nosotros hablaremos de aquellos, teniendo los ojos en estos. —

Y habiendo dicho Marcelo esto, y queriendo proseguir su razón, díjole Juliano: Paréceme que habeis guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guíe en todo aquello que se dice, para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres cosas que en el principio nos propusistes, habeis ya dicho las dos, que son, lo que es el nombre, y el oficio para cuyo fin se ordenó: resta decir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar, y aquello á que se ha de tener respecto cuando se pone. —

Antes de eso, respondió Marcelo, añadiremos esta palabra á lo dicho, y es, que como de las cosas que entendemos, unas veces formamos en el entendimiento una imagen que es imagen de muchos, quiero decir, que es imagen de aquello en que muchas cosas, que en lo demás son diferentes, convienen entre sí, y se parecen; y otras veces la imagen que

figuramos es retrato de una cosa sola, y así propio retrato de ella, que no dice con otra; por la misma manera hay unas palabras ó nombres que se aplican á muchos, y se llaman nombres comunes, y otros que son propios de solo uno, y estos son aquellos de quien hablamos agora. En los cuales cuando de intento se ponen, la razón y naturaleza de ellos pide que se guarde esta regla, que pues han de ser propios, tengan significación de alguna particular propiedad, y de algo de lo que es propio á aquello de quien se dicen; y que se tomen, y como nazcan y manen de algún minero suyo y particular. Porque si el nombre, como habemos dicho, sustituye por lo nombrado, y si su fin es hacer que lo ausente que significa, en él nos sea presente, y cercano, y junto lo que nos es alejado; mucho conviene que en el sonido, en la figura, ó verdaderamente en la origen y significación de aquello de donde nace, se avecine y asemeje á cuyo es, cuanto es posible avecinarse á una cosa de tomo y de ser, el sonido de una palabra. No se guarda esto siempre en las lenguas. Es grande verdad. Pero si queremos decir la verdad, en la primera lengua de todas casi siempre se guarda. Dios á lo menos así lo guardó en los nombres que puso, como en la Escritura se ve. Porque si no es esto ¿qué es lo que se dice en el Génesis (Gen. cap. 11. v. 19.) que Adám inspirado por Dios puso á cada cosa su nombre, y que lo que él las nombró, ese es el nombre de cada una? esto es decir, que á cada una les venía como nacido aquel nombre; y que era así suyo por alguna razón particular y secreta, que si se pusiera á otra cosa, no le viniera ni le cuadrara tan bien. Pero como decía, esta semejanza y conformidad se atiende en tres cosas, en la figura, en el sonido, y señaladamente en la origen de su derivación y significación. Y digamos de cada una, comenzando por aquesta postrera.

Atiéndese pues aquesta semejanza en la origen y significación de aquello de donde nace: que es decir, que cuando el nombre que se pone á alguna cosa, se deduce y deriva de alguna otra palabra y nombre, aquello de donde se deduce, ha de tener significación de alguna cosa que se avecine á algo de aquello que es propio al nombrado; para que el nombre saliendo de allí, luego que sonare, ponga en el sentido del

que le oyere, la imágen de aquella particular propiedad. Esto es, para que el nombre contenga en su significación algo de lo mismo que la cosa nombrada contiene en su esencia. Como por razón de ejemplo, se ve en nuestra lengua en el nombre con que se llaman en ella los que tienen la vara de justicia en alguna ciudad, que los llamamos *Corregidores*, que es nombre que nace y se toma de lo que es corregir; porque el corregir lo malo es su oficio de ellos, ó parte de su oficio muy propia. Y así quien lo oye, en oyéndolo, entiende lo que hay ó haber debe en el que tiene este nombre. Y también á los que entrevienen en los casamientos, los llamamos en castellano *casamenteros*, que viene de lo que es hacer mención ó mentar; porque son los que hacen mención del casar, entreviniendo en ello, y hablando de ello, y tratándolo. Lo cual en la sagrada Escritura se guarda siempre en todos aquellos nombres, que ó Dios puso á alguno, ó por su inspiración se pusieron á otros. Y esto en tanta manera, que no solamente ajusta Dios los nombres que pone con lo propio que las cosas nombradas tienen en sí; mas también todas las veces que dió á alguno, y le añadió alguna cualidad señalada, demás de las que de suyo tenía, le ha puesto también algún nuevo nombre que se conformase con ella: como se ve en el nombre que de nuevo puso á Abrahám (Gen. cap. xvii. v. 5.), y en el de Sara (Gen. cap. xvii. v. 15.) su mujer se ve también, y en el de Jacob (Ibid. cap. xxxii. v. 28.) su nieto, á quien llamó Israel, y en el de Josué (Númer. cap. xiii. v. 17.) el capitán, que puso á los judios en la posesión de su tierra, y así en otros muchos.—

No há muchas horas, dijo entonces Sabino, que oimos acerca de eso un ejemplo bien señalado, y aun oyéndole yo se me ofreció una pequeña duda acerca de él.—Qué ejemplo es ese? respondió Marcelo.—El nombre de Pedro, dijo Sabino, que le puso Cristo (1), como agora nos fué leído en la misa.—Es

(1) Habla del nombre que le puso Cristo la primera vez que le vió. (Joan. cap. i. v. 42.) diciendo que se había de llamar *Cephas*, voz siriaca, que significa *piedra*, de donde viene *Pedro*: y cuando San Pedro en nombre de todos los Apóstoles (Matth. cap. xvi. v. 16.) confesó que Cristo era hijo de Dios vivo, le prometió Jesús que sería la piedra fundamental de su Iglesia.

verdad, dijo Marcelo, y es bien claro ejemplo. Mas qué duda tenéis en él?—

La causa porque Cristo le puso, respondió Sabino, es mi duda, porque me parece que debe contener en sí algún misterio grande.—Sin duda, dijo Marcelo, muy grande. Porque dar Christo á San Pedro aqueste nuevo y público nombre, fué cierta señal que en lo secreto del alma le infundía á él, más que á ninguno de sus compañeros, un don de firmeza no vencible.—

Eso mismo, replicó luego Sabino, es lo que se me hace dudoso. Porque cómo tuvo más firmeza que los demás apóstoles, ni infundida ni suya, el que solo entre todos negó á Cristo por tan ligera ocasión? si no es firmeza prometer osadamente, y no cumplir flacamente después.—

No es así, respondió Marcelo, ni se puede dudar en manera alguna de que fué este glorioso Principe en este don de firmeza, de amor, y fe para con Cristo muy aventajado entre todos. Y es claro argumento de esto aquel zelo y apresuramiento que siempre tuvo para adelantarse en todo lo que parecía tocar, ó á la honra, ó al descanso de su maestro. Y no sólo después que recibió el fuego del Espíritu santo (Actor. cap. i. v. 2.), sino antes también cuando (Joan, cap. xxi. v. 15, 16, 17.) Cristo preguntándole tres veces si le amaba más que los otros, y respondiendo él que le amaba, le dió á pacer sus ovejas) testificó Cristo con el hecho, que su respuesta era verdadera, y que se tenía por amado de él con firmísimo y fortísimo amor. Y si negó en algún tiempo (Matth. cap. xxvi. desde el v. 69 hasta el 74) bien es de creer, que cualquiera de sus compañeros, en la misma pregunta y ocasión de temer, hicieran lo mismo si se les ofreciera: y por no habérseles ofrecido, no por eso fueron más fuertes. Y si quiso Dios que se le ofreciese á solo San Pedro, fué con grande razón. Lo uno para que confiase menos de sí de allí adelante el que hasta entonces, de la fuerza de amor que en sí mismo sentía, tomaba ocasión para ser confiado. Y lo otro, para que quien habia de ser pastor, y como padre de todos los fieles, con la experiencia de su propia flaqueza se condoliese de las que después viesse en sus súbditos, y supiese llevarlas. Y últimamente, para que con el lloro amargo que hizo por esta

culpa, mereciese mayor acrecentamiento de fortaleza. Y así fué, que después se le dió firmeza para sí y para otros muchos en él, quiero decir, para todos los que le son sucesores en su silla apostólica. En la cual siempre ha permanecido firme y entera, y permanecerá hasta la fin la verdadera doctrina y confesión de la fe.

Mas tornando á lo que decía, quede esto por cierto, que todos los nombres que se ponen por orden de Dios, traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada en sí tiene, y que en esta significación se asemejan á ella. Que es la primera de las tres cosas en que, como dijimos, esta semejanza se atiende. Y sea la segunda, lo que toca al sonido, esto es, que sea el nombre que se pone de tal cualidad, que cuando se pronunciare, suene como suele sonar aquello que significa, ó cuando habla, si es cosa que habla, ó en algún otro accidente que le acontezca. Y la tercera, es la figura, que es la que tienen las letras con que los nombres se escriben, así en el número como en la disposición de sí mismas; y la que, cuando las pronunciamos, suelen poner en nosotros. Y de estas dos maneras postreras en la lengua original de los libros divinos, y en esos mismos libros hay infinitos ejemplos. Porque del sonido casi no hay palabra de las que significan alguna cosa, que ó se haga con voz, ó que envíe son alguno de sí, que pronunciada bien no nos ponga en los oídos, ó el mismo sonido, ó algún otro muy semejante de él.

Pues lo que toca á la figura, bien considerado, es cosa maravillosa los secretos y los misterios que hay acerca de esto en las letras divinas. Porque en ellas en algunos nombres se añaden letras para significar acrecentamiento de buena dicha en aquello que significan; y en otros se quitan algunas de las debidas, para hacer demostración de calamidad y pobreza. Algunos si lo que significan por algún accidente, siendo varón, se ha afeminado y enmollecido, ellos también toman letras de las que en aquella lengua son, como si dijésemos, afeminadas y mujeriles. Otros al revés significando cosas femeninas de suyo, para dar á entender algún accidente viril, toman letras viriles. En otros mudan las letras su propia figura, y las abiertas se cierran, y las cerradas se abren y

mudan el sitio, y se trasponen y disfrazan con visajes y gestos diferentes. Y como dicen del camaleón, se hacen á todos los accidentes de aquellos cuyos son los nombres que constituyen. Y no pongo ejemplos de aquesto, porque sòn cosas menudas, y á los que tienen noticia de aquella lengua, como vos, Juliano y Sabino, la teneis, notorias mucho: y señaladamente porque pertenecen propiamente á los ojos, y así para dichas y oidas son cosas oscuras.

Pero si os parece, valga por todos la figura y cualidad de letras con que se escribe en aquella lengua el nombre propio de Dios, que los hebreos llaman *inefable* (1), porque no tenían por lícito el traerle comunmente en la boca, y los griegos le llaman *nombre de cuatro letras* (2), porque son tantas las letras de que se compone. Porque si miramos al sonido con que se pronuncia, todo él es vocal, así como lo Aquel á quien significa, que todo es ser, y vida, y espíritu, sin ninguna mezcla de composición ó de materia: y si atendemos á la condición de las letras hebreas con que se escribe, tienen esta condición, que cada una de ellas se puede poner en lugar de las otras, y muchas veces en aquella lengua se ponen, y así en virtud cada una de ellas es todas, y todas son cada una; que es como imágen de la sencillez que hay en Dios por una parte, y de la infinita muchedumbre de perfecciones que por otra tiene, porque todo es una gran perfección, y aquella una es todas sus perfecciones. Tanto que si hablamos con propiedad, la perfecta sabiduría de Dios no se diferencia de su justicia infinita, ni su justicia de su grandeza, ni su grandeza de su misericordia: y el poder y el saber y el

(1) El nombre propio que dan los hebreos á Dios es *Jehovah*, que se escribe con las cuatro letras *Jod, He, Vau, He*, y quiere decir, *el que subsiste por sí mismo, y da el ser á todo lo criado*. En tiempo de Moysés era común tomar en boca este nombre. Pero después del cautiverio de Babilonia, movidos los judíos de un exceso de religión, ó por mejor decir, de un respeto supersticioso, no tenían por lícito el proferirlo fuera de los usos sagrados. Por cuyo motivo se perdió su verdadera pronunciación. Y así por esto, como por no haber palabras con que pueda bastantemente expresarse la esencia divina, se dice el nombre de Dios, *inefable*, esto es, que no puede proferirse.

(2) Esto significa la palabra griega: y por la misma razón se dice también *nombre cuadrado*.

amar en él, todo es uno: y en cada uno de estos sus bienes por más que le desviemos y alejemos del otro, están todos juntos; y por cualquiera parte que le miremos, es todo, y no parte. Y conforme á esta razón es, como hemos dicho, la condición de las letras que componen su nombre.

Y no sólo en la condición de las letras, sino aun lo que parece maravilloso, en la figura y disposición también le retrata este nombre en una cierta manera.—Y diciendo esto Marcelo, é inclinándose hácia la tierra, en la arená con una vara delgada y pequeña formó unas letras como estas, y dijo luego: porque en las letras caldaicas este santo nombre siempre se figura así. Lo cual, como veis, es imágen del número de las divinas personas, y de la igualdad de ellas, y de la unidad que tienen las mismas en una esencia, como estas letras son de una figura y de un nombre. Pero aquesto dejémoslo así. É iba Marcelo á decir otra cosa, mas atravesándose Juliao, dijo de esta manera:—

Antes que paséis, Marcelo, adelante, nos habéis de decir, cómo se compadece con lo que hasta agora habéis dicho, que tenga Dios nombre propio? y desde el principio deseaba pedirlo, y dejélo por no romperos el hilo. Mas agora antes que salgais de él, nos decid, si el nombre es imágen que sustituye por cuyo es, qué nombre de voz, ó qué concepto de entendimiento puede llegar á ser imágen de Dios? y si no puede llegar, en qué manera diremos que es su nombre propio? Y aún hay en esto otra gran dificultad, que si el fin de los nombres es, que por medio de ellos las cosas cuyos son, estén en nosotros, como dijistes; excusada cosa fué darle á Dios nombre: el cual está tan presente á todas las cosas, y tan lanzado como si dijésemos en sus entrañas, y tan infundido y tan íntimo como está su ser de ellas mismas.—

Abierto habiades la puerta, Juliano, respondió Marcelo, para razones grandes y profundas, si no la cerrara lo mucho que hay que decir en lo que Sabino ha propuesto. Y así no os responderé más de lo que basta, para que esos vuestros nudos queden desatados y sueltos. Y comenzando de lo postrero, digo, que es grande verdad que Dios está presente en nosotros, y tan vecino, y tan dentro de nuestro ser, como Él mismo de sí. Porque en Él, y por Él, no sólo nos movemos y

respiramos, sino también vivimos y tenemos ser, como lo confiesa y predica San Pablo. (Actor. cap. xvii. v. 28.) Pero así nos está presente, que en esta vida nunca nos es presente.

Quiero decir, que está presente y junto con nuestro ser, pero muy lejos de nuestra vista y del conocimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo cual convino, ó por mejor decir, fué necesario, que entretanto que andamos peregrinos de Él en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta, ni se junta con nuestra alma su cara,uviésemos en lugar de ella en la boca algún nombre y palabra, y en el entendimiento alguna figura suya; como quiera que ella sea imperfecta y oscura, y como San Pablo llama (Ad Corinth. i, c. xiii, v. 12), enigmática. Porque cuando volare de esta cárcel de tierra en que agora nuestra alma presa trabaja y afana como metida en tinieblas, y saliere á lo claro y á lo puro de aquella luz; el mismo que se junta con nuestro ser agora, se juntará con nuestro entendimiento entonces: y Él por sí, y sin medio de otra tercera imagen, estará junto á la vista del alma: y no será entonces su nombre otro que Él mismo, en la forma y manera que fuere visto: y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere de Él, esto es (1), con el mismo ÉL, así y de la misma manera como le conociere. Y por esto dice San Juan en el libro del Apocalipsi (Apoc., c. vii, v. 17), que Dios á los suyos en aquella felicidad, demás de que les enjugará las lágrimas, y les borraré de la memoria los duelos pasados (Ibid. c. ii, v. 17), les dará á cada uno una piedrecilla menuda, y en ella un nombre escrito, el cual sólo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su esencia, que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados: que con ser uno en todos, con cada uno será en diferente grado, y por una forma de sentimiento cierta y singular para cada uno. Y finalmente, este nombre secreto que dice San Juan, y el nom-

(1) *Con el mismo ÉL.* Como si dijésemos *con su propio nombre.* Él en hebreo significa *fuerte*, y es uno de los principales nombres de Dios; el cual se dice *fuerte* por antonomasia, porque sólo Dios puede cuanto quiere, sólo su infinito poder no tiene límites.

bre con que entónces nombraremos á Dios, será todo aquello que entónces en nuestra alma será Dios, el cual, como dice San Pablo (i. ad Cor., c. xv, v. 28), será en todos todas las cosas. Así que en el cielo, donde verémos, no tendremos necesidad para con Dios de otro nombre más que del mismo Dios: mas en esta oscuridad, adonde con tenerle en casa no le echamos de ver, esnos forzado ponerle algúu nombre. Y no se los pusimos nosotros, sino Él por su grande piedad se le puso luégo que vió la causa y la necesidad.

En lo cual es cosa digna de considerar el amaestramiento secreto del Espíritu Santo, que siguió el santo Moysés acerca de esto en el (Génesis, ii) libro de la creación de las cosas. Porque tratando allí la historia de la creación, y habiendo escrito todas las obras de ella, y habiendo nombrado en ellas á Dios muchas veces; hasta que hubo criado al hombre, y Moysés lo escribió, nunca le nombró con este su nombre: como dando á entender, que antes de aquel punto no había necesidad de que Dios tuviese nombre, y que nacido el hombre que le podía entender y no le podría ver en esta vida, era necesario que se nombrase. Y como Dios tenía ordenado de hacerse hombre después, luégo que salió á luz el hombre, quiso humanarse nombrándose.

Y á lo otro, Juliano, que propusistes, que siendo Dios un abismo de ser y de perfección infinita, y habiendo de ser el nombre imagen de lo que nombra; cómo se podía entender, que una palabra limitada alcanzase á ser imagen de lo que no tiene limitación: algunos dicen que este nombre, como nombre que se le puso Dios á sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y Verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dijo, y que suena en nuestros oídos, es señal que nos explica aquella palabra eterna é incomprensible que nace y vive en su seno; así como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazón. Pero como quiera que aquesto sea, cuando decimos que Dios tiene nombres propios, ó que aqueste es nombre propio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre, ó nombre que abraza, y que nos declara todo aquello que hay en él. Porque uno es el ser propio, y otro es el ser igual ó cabal. Para que sea propio basta que de-

clare de las cosas que son propias á aquella de quien se dice alguna de ellas, mas si no las declara todas entera y cabalmente no será igual. Y así á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale: como tampoco le podemos entender como quien Él es, entera y perfectamente. Porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y así no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega.

Y porque ya nos vamos acercando á lo propio de nuestro propósito, y á lo que Sabino leyó del papel; esta es la causa porque á Cristo nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene á saber, su mucha grandeza, y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios, y de los demás bienes que nacen de Él y se derraman sobre nosotros. Los cuales, así como no pueden ser abrazados con una vista del alma, así mucho menos pueden ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algún vaso de cuello largo y estrecho, la envía poco á poco y no todo de golpe; así el Espíritu Santo, que conoce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento, no nos representa así toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciéndonos unas veces algo de ella debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces. Y así vienen á ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da á Cristo. Porque le llama León, y Cordero, y Puerta, y Camino, y Pastor, y Sacerdote, y Sacrificio, y Esposo, y Vid, y Pimpollo, y Rey de Dios, y Carasuya, y Piedra, y Lucero, y Oriente, y Padre, y Príncipe de paz, y Salud, y Vida, y Verdad, y así otros nombres sin cuentos. Pero de aquestos muchos escogió sólo diez el papel como más sustanciales, porque, como en él se dice, los demás todos se reducen ó pueden reducir á estos en cierta manera.

Mas conviene, antes que pasemos adelante, que advertamos primero, que así como Cristo es Dios, así también tiene nombres que por su divinidad le convienen; unos propios de su persona, y otros comunes á toda la Trinidad. Pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora tocarémos en ellos: porque aquellos propiamente pertenecen á

los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen á Cristo en cuanto hombre, conforme á los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme á las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante.

Y Sabino leyó luégo:

### §. III.

Es llamado Cristo PIMPOLLO, y explicase cómo le conviene este nombre, y el modo de su maravillosa concepción.

*El primer Nombre puesto en castellano se dirá bien PIMPOLLO, que en la lengua original es Cemah, y el texto latino de la Sagrada Escritura, unas veces lo traslada diciendo Germen, y otras diciendo Oriens. Así le llamó el Espíritu Santo en el capítulo cuarto del Profeta Isaias (Isai., c. iv, v. 2). En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza, y el fruto de la tierra muy ensalzado. Y por Hieremias en el capítulo treinta y tres (Hierem., c. xxxiii, v. 15): Y haré que nazca á David PIMPOLLO de justicia, y haré justicia y razón sobre la tierra. Y por Zacarías, en el capítulo tercero, consolando al pueblo judaico recién salido del cautiverio de Babilonia (Zach., c. iii, v. 8): Yo haré, dice, venir á mi siervo el PIMPOLLO. Y en el capítulo sexto (Ibid., c. vi, v. 12): Veis un varón cuyo nombre es PIMPOLLO.*

Y llegando aquí Sabino cesó.—Y Marcelo, sea éste, dijo, el primer nombre, pues la orden del papel nos lo da. Y no carece de razón que sea este el primero. Porque en él, como veremos después, se toca en cierta manera la cualidad y orden del nacimiento de Cristo, y de su nueva y maravillosa generación: que en buena orden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele decir.

Pero antes que digamos qué es ser PIMPOLLO, y qué es lo que significa este nombre, y la razón por que Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo, y si es verdad que le nombra así la divi-